

LA TREGUA

“MATAD y mutilad tanto como podáis hasta las seis de la madrugada del 24 de diciembre; volved a matar en la mañana del 26 de diciembre. Haced todo el daño que podáis hasta las seis de la mañana del 31 de diciembre, y volvedlo a hacer después del 1 de enero de 1967, cuando ya sea correcto matar, bombardear, quemar, destruir casas y cosechas, la obra del hombre, hasta las seis de la mañana del 24 de diciembre de 1967». El «New York Times» suele ser un periódico frío, intelectual, desapasionado. La noticia de las treguas del Vietnam le irritó. Encontró en esa detención de los combates durante unas horas algo artificial, hipócrita; una mera concesión a la sensiblería de la opinión pública, algo así como un disfraz mal colocado para dar a la guerra un cierto retoque de nobleza o de belleza. Su indignación duró poco. El tiempo de una edición. En la siguiente, las palabras con que comenzaba su editorial habían desaparecido, y ya no reaparecieron más en las ediciones siguientes. En su lugar había otras más moderadas: «A toda costa, que haya paz en el Vietnam, aunque sólo sea por unas horas, por unos días... No es mucho, pero siempre será mejor que la guerra ininterrumpida».

En las vísperas de la tregua, la matanza y la destrucción se han intensificado. Es de suponer que volverá a ocurrir así entre las dos treguas. Ha comenzado un nuevo paso en la escalada. Existe un «programa de aumento gradual de la presión», según un portavoz de la Marina americana en Saigón. Unos días antes, el almirante Grant Sharp advertía que toda esperanza de prolongar la tregua más allá de los estrictos límites previstos por las treguas aceptadas, era inútil. Ahora el portavoz insiste: «Hemos cometido un grave error el año pasado al interrumpir nuestros bombardeos durante cuarenta días; no vamos a renovar ese error este año». En cambio, un cierto número de objetivos, hasta ahora prohibidos, han sido incluidos en la lista de bombardeos. «Hace un año creíamos que efectuando los bombardeos que estamos realizando hoy, el enemigo abandonaría la lucha. Ahora vemos que no ha sido así. Debemos, por lo tanto, continuar aumentando la presión». Aún quedarán en el Vietnam del Norte dos zonas que se van a respetar: el puerto de Haifong, donde hacen escala barcos británicos y de naciones neutrales, que podrían ser alcanzados, ocasionando complicaciones internacionales, y los aeródromos militares de donde despegan los «Migs» norvietnamitas, porque podrían producirse riesgos de «contraescalada», y quizá una intervención directa china. Esta opinión es puramente política; los militares creen que deberían ser destruidos sin más dilación, y que esa operación sería «una medida inteligente».

En cambio, la escalada ha llegado ya a la población civil de Hanoi. Al principio se bombardearon los suburbios; ahora se bombardea la misma ciudad. Jacques Moalic, corresponsal en Hanoi de la agencia France Presse, escribía el 13 de diciembre: «Una callecita de Hanoi, situada a doscientos metros de la rampa de acceso al puente Paul Doumer, sobre el río Rojo, ha sido devastada durante el bombardeo de esta tarde. Por la noche ofrecía el espectáculo de sus fachadas despanzurradas, de sus techos volados, de sus ven-

tanás arrancadas y de su calzada cubierta de restos de ladrillos y de madera». Esta calle es ya histórica: es la primera de la capital del Vietnam del Norte alcanzada por las bombas de los Estados Unidos.

¿Va a terminar la guerra esta nueva presión? ¿Va a obligar a los vietnamitas a rendirse? ¿Puede ser el primer caso para una victoria militar? Por el momento todas estas preguntas pueden tener una respuesta negativa. El embajador Cabot Lodge es, de todos los observadores, el que da una respuesta más favorable: cree que en 1967 el Vietcong tendrá que abandonar las operaciones militares en gran escala y regresar a la guerra de guerrillas. ¿Supone una ventaja para los norteamericanos? Es dudoso. «Todos los informes que he tenido, procedentes de observadores que han hablado con los principales responsables de Saigón, están de acuerdo en que la guerra de guerrillas puede durar muy probablemente de diez a veinte años más», escribe Walter Lippmann en el «Herald Tribune».

Diez o veinte años, a la velocidad de la técnica, de la política, de la historia, habrán de cambiar tantas cosas en la faz de la tierra que no es posible pensar que los Estados Unidos sigan con su tenaz guerra podrida en el Vietnam. En diez, en veinte años, China puede llegar a ser una potencia nuclear como lo es hoy la Unión Soviética. India podrá tener un nutrido arsenal atómico. Todo el equilibrio actual de Asia habrá cambiado. Es impensable que la guerra del Vietnam pueda estar congelada en las condiciones de hoy. Es impensable que no haya estallado, de una forma o de otra, la impaciencia y el cansancio de la retaguardia lejana, de los Estados Unidos.

Todas estas cuestiones están, indudablemente, presentes en la mentalidad del Presidente Johnson, que si ciertamente no es un gran hombre, ni un político de envergadura, es lo suficientemente hábil como para darse cuenta de su propia situación. Su popularidad le abandona día a día: las encuestas de opinión pública arrojan cada mes una cifra más baja en su favor. Hasta hace poco no había duda de que las próximas elecciones presidenciales eran suyas. Ahora se vacila. A pesar de que siempre todos los Presidentes de la nación han sido reelegidos —salvo en el caso de Herbert Hoover, víctima de la depresión económica de 1932—, puede ocurrir que Johnson no lo sea en 1968. Incluso hay rumores en Washington de que Johnson puede dimitir antes de que termine su mandato, alegando razones de salud —que, por otra parte, no serían solamente un pretexto: la fatiga y la ansiedad de sus responsabilidades le han quebrantado de una forma que parece importante— y dejando que el partido demócrata presente otro candidato. Podría ser el joven Kennedy que, ayudado por toda su familia, está haciendo ya una campaña electoral. Aunque se reservaba sus efectos para 1972, es posible que tenga que adelantarla. El partido demócrata, alertado ya por el resultado de las elecciones legislativas, teme seriamente una «débacle», un hundimiento, una catástrofe. Si el moderado Romney llega a ser el candidato de los republicanos, la situación electoral será justamente la inversa que la que se produjo en 1964: los republi-



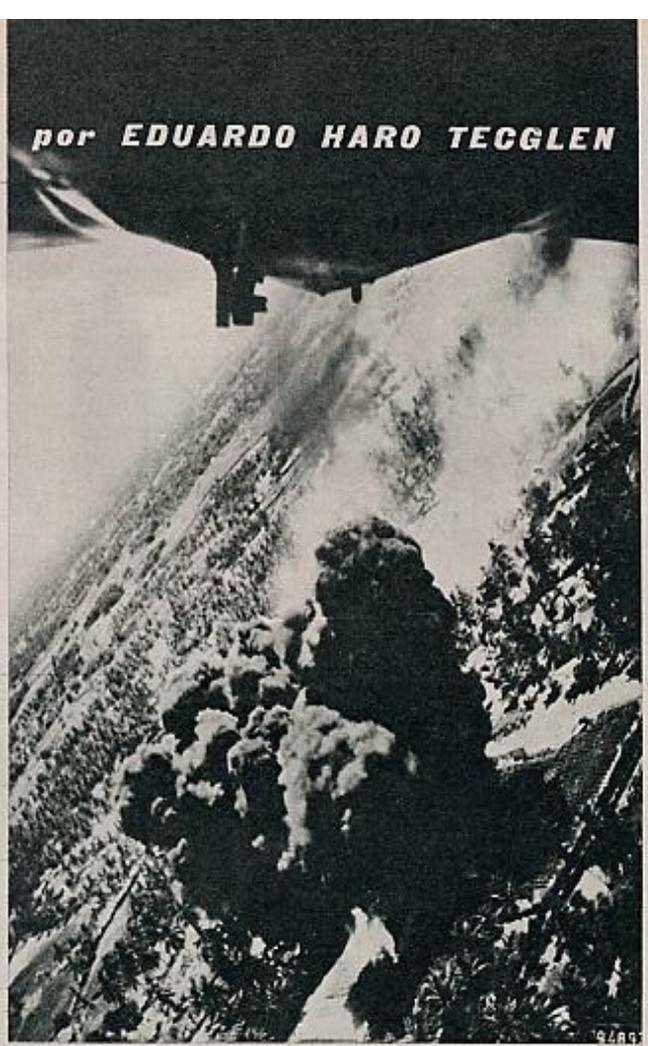
canos ofrecerán una posibilidad de paz, los demócratas de Johnson una continuación de la guerra. Sólo Robert Kennedy podría ofrecer una alternativa mejor. Si el partido republicano presenta al guerrero Nixon, entonces es posible que bastase con Johnson para ganarle.

Estos cálculos no son prematuros. Pueden serlo desde nuestra lejanía; desde dentro del partido demócrata, desde dentro de la cabeza de Johnson, todo lo que se haga ahora está hecho en cuanto a las próximas elecciones presidenciales. La solución del Vietnam, por lo tanto, urge. Esa urgencia es terrible. Puede llevar a los peores excesos. En un principio, la administración Johnson está haciendo un esfuerzo superior para volverse a atraer la confianza de Occidente. Los viajes del embajador Itinerante, Harriman, por cuarenta países, las maniobras de Dean Rusk en las reuniones diplomáticas de diciembre en París, tienen por objeto presionar a sus aliados y a sus amigos para que colaboren de alguna forma en la guerra del Vietnam. Parece que hasta ahora han obtenido buenas palabras, pero que de esas palabras a los hechos, a la ayuda que se pueda contabilizar, hay una gran distancia. Ningún gobernante quiere comprometerse ante su opinión pública participando en la guerra más impopular del mundo aunque sólo sea de una manera simbólica. Los Estados Unidos necesitan una ayuda real; necesitan simplemente romper su aislamiento. Es curioso que estas presiones resulten contraproducentes. Nadie quiere comprometerse demasiado con los Estados Unidos por miedo a verse arrastrado a la guerra que no desea. El ejemplo desolador de Gran Bretaña y de Wilson es suficiente para asustar a cualquier país con deseos de independencia: Gran Bretaña está más satelizada que nunca y no consigue restaurar su economía, romper el aislamiento europeo, participar en la nueva política de coexistencia europea. Está perdiendo todas las oportunidades.

Como las están perdiendo los Estados Unidos. Todo este movimiento de entendimiento, de apaciguamiento que se trama estos días en Europa se está haciendo no ya en contra —aunque así resulte en parte— sino al margen de los Estados Unidos. La situación es naturalmente falsa porque los Estados Unidos constituyen una prolongación histórica y cultural de Europa; tan absurdo es pensar en una Europa sin los Estados Unidos como en una Europa sin la URSS, sin las potencias comunistas. La palabra Europa es hoy un concepto que se desborda de sí mismo, que no se puede reducir a unas fronteras de continente, porque los continentes clásicos van dejando de existir. La palabra Occidente es ya más bien inútil porque se ha utilizado como grito de guerra, y hoy ya no es cuestión de esa guerra. La URSS ha sabido realizar las modificaciones necesarias, interiores y exteriores, para aproximarse al contexto de Europa, la cual a su vez ha reconsiderado su política para poderse aproximar a la URSS. Hoy en París la Unión Europea Occidental —los seis países del Mercado Común más Gran Bretaña— ha encargado a su secretario general que tome las medidas necesarias para incrementar la cooperación entre los países de la unión y los países comunistas. El tema va a saltar —aunque sea sin mucha publicidad— en las reuniones de la OTAN, que son las últimas que se celebran en París. Mientras esto sucede, los Estados Unidos se aíslan cada vez más de esa zona a la que inevitablemente están unidos, en aras de una supuesta vocación asiática y por el sostenimiento de una guerra que no favorece más que a los fabricantes de cañones; los cuales, a pesar de todo, podrían resultar mucho más beneficiados de una política de paz universal.

La prolongación de la tregua en el Vietnam pedida por el Papa, por U Thant, por editoriales de periódicos dentro y fuera de Estados Unidos, por manifestaciones públicas en todo el mundo es, indudablemente, un error desde el punto de vista militar. Si ha de seguir la guerra, la tregua no puede hacer más que fortalecer al enemigo contra el que combaten los militares de Esta-

por **EDUARDO HARO TEGLEN**



dos Unidos. Pero el punto de partida es falso. La prolongación de la tregua se solicita, sobre todo, como un paso hacia la paz. No como una simple concesión al sentimentalismo pascual, ya la emotividad de las poblaciones, sino como una ocasión que no hay que perder. Una tregua prolongada, la retirada de las tropas expedicionarias de Estados Unidos, la constitución en Salgón de un gobierno representativo de la voluntad de las poblaciones, es la única salida honesta y noble a la situación. Walter Lippmann escribe: «La negativa del Presidente de reconocer la realidad militar y política es el obstáculo que se alza en el camino de un alto el fuego y de un arreglo negociado. No es fácil para Lyndon Baines Johnson tragar la amarga píldora de reconocer el hecho de que se ha metido en una guerra que no puede ganar. Haría falta un hombre de noble elevación y del más alto valor moral para hacer eso. No hay razón para pensar que Mr. Johnson sea ese hombre. Pero si lo fuese, si pactase en la guerra, se encontraría a sí mismo elevado por una ola de confianza, gratitud y popularidad en el Interior y en el extranjero.»

